

Nunca el mismo río

Para quien escribirá después

Tú no estás aquí por azar.

Algo te trajo hasta este punto del río.

Una corriente de palabras, tal vez.

O la necesidad de decir algo que no te cabe en otro lugar.

Aquí no importa si eres autor o lector.

Aquí eres *voz*.

Heredas una frase y con ella puedes construir un puente, una tormenta, un eco.

Puedes destruir lo anterior con belleza o continuar lo imposible con fe.

No hay mapa.

No hay estilo obligatorio.

Solo la certeza de que lo que escribas será parte de algo más grande que tú.

Recibirás una frase final.

Solo una.

Será tu inicio.

A partir de ahí, eres libre.

Pero también responsable de sostener el cauce, de confiar en la corriente, de escribir con respeto por lo que no es tuyo... y aun así, hacerlo tuyo.

No es fácil.

Pero el río no pide facilidad.

Pide coraje, y palabras vivas.

A continuación, encontrarás las reglas:

REGLAS DEL RÍO

(Para navegar un libro que nunca termina)

1. Todo capítulo debe comenzar con la última frase del anterior.

Esa frase es tu única brújula. No puedes modificarla. Así empieza tu parte del viaje.

2. Puedes cambiar el tono, el género o el ritmo.

Lo que era drama puede volverse comedia. Lo íntimo puede transformarse en aventura o distopía. El río cambia, pero siempre sigue.

3. No puedes corregir al que vino antes.

Incluso si algo parece un error, un hueco o una contradicción: abrázalo. Tu rol no es arreglar, es continuar.

4. Puedes presentar nuevos personajes, lugares o tiempos.

El mundo no está cerrado. Puedes ampliar el mapa, saltar años o abrir una dimensión distinta. Pero recuerda: todo lo anterior sigue existiendo.

5. Está permitido desconcertar. Está prohibido retroceder.

Si el capítulo anterior te deja en silencio, escribe desde ese silencio. Si no entiendes, crea desde ahí. El río no pide comprensión, solo movimiento.

6. Este libro nunca termina. No intentes cerrarlo.

No escribas un final. Solo una continuación. Alguien vendrá detrás de ti.

Prólogo

Nunca el mismo río

Dicen que no se cruza dos veces el mismo río.
Y sin embargo, aquí estamos: volviendo.
O mejor: continuando lo que alguien más empezó.

Este no es un libro tradicional.
No tiene un solo autor.
No tiene un destino fijo.
No tiene final.

Cada capítulo que lees fue escrito por una persona distinta.
Cada voz heredó la última frase del anterior y la convirtió en una nueva corriente.
Algunos narraron con furia.
Otros con ternura.
Algunos con miedo, otros con belleza.
Todos, con verdad.

Aquí, nadie manda.
Aquí, nadie borra lo que vino antes.
Aquí, se navega con lo que hay: contradicciones, milagros, vacíos, dudas, impulsos.
Y con eso, se avanza.

Este libro no busca cerrarse.
No se trata de llegar al otro lado.
Se trata de entregarse al cauce.
De escribir sin certeza.
De dejarse llevar.

Porque como el río,
cada lector que cruza sus aguas,
lo transforma.

Capítulo 1 - “*El que encendió el agua*”

La primera vez que lo vi, el río no era un río.

Era apenas un corte de tierra húmeda en medio del monte, una cicatriz sin historia. No había agua, no había corriente, no había dirección. Solo una hendidura rota que parecía haber sido olvidada por los mapas y por los hombres. Me acerqué con el mismo respeto con el que uno se acerca a lo que no entiende, como quien visita una tumba sin nombre, como quien sospecha que bajo el barro duerme algo antiguo. Y no sé por qué lo hice, pero puse la mano en el fondo de ese lecho seco, y sentí un calor tenue, como si algo allá abajo —muy abajo— aún respirara.

A los tres días llovió.

No una lluvia fuerte, no un aguacero de esos que arrastran casas o bendicen sembrados, sino una llovizna quieta, persistente, como si el cielo estuviera recordando cómo llorar. El agua se fue acumulando de a poco en el cauce olvidado. Al principio eran apenas charcos tímidos que el sol borraba al mediodía, pero luego, con los días, los charcos se empezaron a conectar entre sí. Y entonces sucedió: el río comenzó a formarse. Lo vi nacer. Vi cómo se tejía a sí mismo con hilos de agua turbia, cómo se reconocía en su propio reflejo. Nadie más pareció notarlo. Para los otros, era apenas un riachuelo de paso. Pero para mí, aquello era el nacimiento de algo sagrado.

El rumor empezó a correr. No el del agua —que aún era débil—, sino el de las palabras. Alguien dijo que el río curaba. Otro dijo que traía sueños. Una mujer juró que lo escuchó hablar. Nadie tenía pruebas. Solo cuentos, intuiciones, escalofríos. Y sin embargo, una tarde, lo vi: un niño con fiebre fue llevado por su madre hasta la orilla. Le mojó los pies. Le mojó la frente. Y el niño durmió tranquilo esa noche por primera vez en semanas. No fue un milagro. Fue algo más raro: fue como si el agua supiera lo que hacía. Como si tuviera conciencia.

Poco a poco, la gente comenzó a volver. Primero vinieron los ancianos, que siempre regresan al origen como si lo llevaran tatuado en la sangre. Luego los curiosos, los perdidos, los creyentes. El río ya no era solo un cauce: era una promesa. Un rumor líquido. Un espejo

donde cada uno veía lo que necesitaba. Algunos traían piedras para dejar en la orilla, otros escribían frases en papeles y los lanzaban al centro. Nadie hablaba en voz alta. Era un acuerdo no dicho. Como si todos supiéramos que algo estaba naciendo y que debíamos ser suaves para no romperlo.

Pero todo cambió el día que el río empezó a arder.

No fue fuego común. No hubo humo, ni calor, ni llamas que subieran. Era un fuego contenido, casi invisible, que caminaba por la superficie del agua como un pensamiento febril. Nadie entendía. Nadie podía tocarlo. El fuego no quemaba... pero dolía. Como cuando uno recuerda algo que quiso olvidar. Como cuando el cuerpo anticipa una pérdida.

Yo fui el primero en entrar.

No por valiente. Por terco.

Metí los pies. Luego los tobillos.

Y esperé.

No me quemé.

Pero algo cambió dentro.

Como si el río me hubiera abierto. Como si hubiera entrado a mí.

Y desde entonces, he tenido esta frase clavada en la lengua, sin saber a quién decirla.

Quizás sea a ti.

Quizás debas escribir después de mí.

Quizás esto no sea un final, sino apenas la chispa.

No todos los que arden se están quemando.

Escrito por: Omar Monterrosa Orozco - (2025)